EL COMPROMISO
DE LAS LETRAS

Discurso de recepción de

MAURICIO MAGDALENO

como individuo de número de la *Academia Mexicana* correspondiente de la Española, leído el 14 de junio de 1957

Contestación de

ANTONIO CASTRO LEAL

MÉXICO
1958

Gráfica Panamericana, S. de R. L., Parroquia, 911. - México, D. F.

Con un saludo cordial para el amable auditorio, comparezco ante ustedes, señores Académicos, con el doble y difícil compromiso de significarles mi reconocimiento por la altísima honra que me dispensaron al llamarme al seno de esta benemérita Institución en cuya historia la inteligencia y el patriotismo han constituído señalada y corriente coincidencia, y de dar cumplimiento a un precepto de nuestros estatutos sobre el que pesa, en última instancia, la responsabilidad de ocuparlos con la lectura de estas notas por cuya ausencia de erudición invoco su benevolencia en mérito a que, al menos, atañen a algo que de algún modo se relaciona con sus diligencias.

Pocas veces como ahora cobra para mí una más manifiesta valencia el dicho del latino: "No es tuyo lo que la fortuna te dio." ¿Y qué cuenta en el humano existir, a fin de todo, que no sea de algún modo don de la fortuna? De cuando en cuando y por obra de un suceso feliz que hiere intensamente el meollo del ser, el hombre pára un punto el paso, se vuelve a sí y busca la secreta razón de su identidad. Y debe convenir, si su cavilación no fue vana, en que es harto dudoso que haya una obligada corespondencia de causa y efecto entre los anhelos de los años mozos, por ardientes que se los suponga, y la ~~munificación~~ con que la fortuna suele sorprendernos cuando de aquéllos no queda ni la estela. Dicho sea con el respeto que me merecen la generosidad estimulante de tantas seductoras frases hechas y el servicial pragmatismo de aquella sentencia de Goethe que el buen Samuel Smiles desarrollaría luego en copiosos libros: "Lo que deseamos en la juventud, lo poseemos ampliamente en la edad madura." Ojalá siempre fuera cierto, en efecto, que lo que soñamos en años tempranos se convirtiese, incuestionablemente y por la pura razón del tiempo, en más o menos opulenta mies de realizaciones. Me placería proclamarlo por irrefutable como la ley de gravedad, para halago de muchas ilusiones que ahora mismo se preguntan si la semilla de sus afanes generará

alguna finalidad práctica y, en ese caso, si devendrá un día y por modo natural cosecha. Yo sé decir, por mí, que considero no más que un lisonjero favor de la fortuna el encontrarme al lado de ustedes, inmerecidamente encumbrado por sus sufragios a la condición de individuo de número de la Academia Mexicana Correspondiente de la Española.

Puesto a decir verdad, no deploro del todo el significado de cierta antigua aversión a cuanto se me aparecía como un inconfesable propósito de estratificar la corriente vital del lenguaje en aras de un culto sin sentido a los grandes Siglos en que aquél produjo el más monumental catálogo de creaciones literarias. Me refiero concretamente al vacuo academicismo que es frecuente confundir (yo, desde luego, como tantos otros, me encarnicé virulentamente en dar por verdadera tamaña confusión) con el espíritu mismo de lo académico. Y no deploro del todo aquella fobia de mi beligerancia de otros años no porque ahora me parezca indebida ni mucho menos, sino porque no tengo que apurar ninguna duda al reconocer que la Academia no nada más no era —ni es— *eso*, sino que su verdadera y fecunda naturaleza se opone, orgánicamente, a toda manera de estratificación, de estancamiento y de calca servil de formas pretéritas. Ocurre con los términos Academia y academicismo lo que con el cuerpo, este nuestro mortal cuerpo de carne, respecto al tumor que un buen día —un mal día, mejor dicho— descubre el médico, insertado en cualquier repliegue vascular, y que proviene, aunque patológicamente, del complejo constitucional mismo, y tanto que carece de explicación como algo autónomo, pero que no sólo no es parte integrante del cuerpo sino que se desarrolla con merma de su salud.

No era nada más aversión literaria. He empezado a evocar un estado de alma y ¿por qué no ahondar en él, siquiera sea para fijar la circunstancia en que se dio? Me remonto a un pasado de algo más de dos décadas, que si en términos de historia se colorea ya de lejanía, muchísimo más pesa en la vida de la simple y fugaz criatura.

Eran años de juvenil y arrebatado ímpetu, de iconoclasta pasión: el obligado *Sturm und Drang* cuyo tributo suele pagar con creces toda generación, pero mayormente cuando la sorprenden en agraz catástrofes como las que afligen a nuestra época. ¿A quién, entre los que bordeábamos entonces la treintena, se le ocurrió pensar en la Academia sino en función de una irracional inconformidad con todo lo que reputábamos representación de lo tradicional y retrógrado, los valores más respetables inclusive? Si he de reconstruir el extremo de aquel sentimiento —o resentimiento, para decirlo más justamente— debo confesar que identificábamos en la pura idea de la Academia una suerte de intolerable obstrucción a la libertad y a nuestro particular concepto de lo intelectual. Creo advertir, sin embargo y para precisar el objetivo de aquella aparatosa puntería, que por sobre la Academia y lo académico, el verdadero adversario, no por inconsciente menos sensiblemente localizado, lo era algo más mediato: nada menos que el espíritu del clasicismo, entendido, claro está, no como excelencia idiomática o estética, sino como concreto significado político. En "lo clásico" confundíamos, a trompicones y cupiera o no, lo mismo los ideales que apodábamos burgueses (el orden, el prurito razonador, el equilibrio y el respeto a normas de convivencia social a las que atribuíamos la casi totalidad de los males de la especie) que la encarnación, ominosa encarnación de nuestros más implacables antagonismos, exacerbados por el traumatismo de la crisis del siglo.

Los años hicieron, luego, lo suyo. Es ley que los años castiguen toda laya de excesos. Otoñar: un verbo a cuya conjugación no escapa ningún ser vivo. Otro día, por pasos contados de vida, otra temperatura aireó el hervor de las fuerzas ciegamente iconoclastas y, más que la pura necesidad locomotriz, la de una elemental base de sustentación desvaneció lo que por instantes parecía llevar trazas de rematar en alguna forma de ataxia. El tempero, que se produce por obra de analogía meteorológica y que cuando no hay taras por medio acaba con-

dicionando lo mismo el ritmo fisiológico que los compases intelectuales. El loco aleteo del viento y aun de la ventolera no han concluído ¡ y que no concluyan mientras nos sea dable ejercer el ministerio de hombre y de escritor ! ; pero no seré ya el siervo de sus poderes. El fiel de la balanza me llama a cuentas y celebro su registro como un modo, íntimamente grato, de verificar una serie de responsabilidades —conmigo mismo, en primer y fundamental lugar.

De ahí que al ingresar en Institución a la que pertenecieron y pertenecen huestes tan idóneas de mexicanos, me sea hondamente satisfactorio declarar mi adhesión sin reservas a un tan importante objeto como lo es "el estudio de la lengua española y en especial cuanto se refiere a los modos peculiares de hablarla y escribirla en México", conforme reza la letra de nuestros estatutos. Cuando hablamos o escribimos una lengua —la nuestra, en este nuestro personal caso— nos expresamos como idiosincracia local tanto como destino. Que la lengua implica esencia profunda, lo comprueba el hecho de que su merma o su esplendor denuncia, por modo tan sensible como el mercurio una temperatura, la precaria o musculosa capacidad creadora del conglomerado que la ejerce. Me atrevo a agregar que el simple ejercicio de toda lengua que se respete —y su consiguiente sublimación literaria— determina una noción ínclita del hombre, al extremo de que parece imposible concebirla, ni siquiera fortuitamente, como instrumento de afrenta y degradación de sus más preciosos fueros. Por el contrario, parece connatural al sentido mismo de la lengua el reconocimiento de la supremacía de la persona como valor. Como valor absoluto, según proclamó justamente uno de nuestros grandes, el puertorriqueño Eugenio María de Hostos. De ahí y dado que a tanto montan los alcances de la lengua, deba convenir, finalmente, en que así la indagación lingüística y filológica como la contribución del escritor, coinciden, por razones de esencia constitucional, en el reconocimiento del hombre como valor absoluto.

Si la historia se midiera por simples términos de tiempo, la de la plaza que merced a la designación de ustedes ocupo en la Academia, no podría ser más breve. Su primero y único titular hasta su muerte, mi respetable antecesor, fue alguien que, aparte su excelencia literaria, trajo a nuestra institución una investidura de extraordinaria significación metafísica y humana: el doctor Luis María Martínez, Arzobispo Primado de México, a cuya memoria debo unas palabras de homenaje. Uno a su recuerdo el de don Alejandro Quijano, nuestro querido Director que causó baja en las filas de lo más granado de la patria hace unos cuantos meses, porque, amén de otras muchas razones, él, don Alejandro, respondió al discurso de recepción del doctor Martínez, un 30 de diciembre de 1953. En aquella ocasión dijo: "La Academia sigue (con el ingreso del Arzobispo) una amable y generosa tradición. Al lado de altos espíritus liberales: don Sebastián Lerdo de Tejada, don Justo Sierra, don Ignacio Mariscal, tuvo a nobles individuos del sector eclesiástico y a otros del partido conservador. Por tal manera se logró siempre una vinculación, tal vez única en nuestro país, en la que tratáronse amistosa y cordialmente, hombres de distinto pensar y diverso sentir."

Insigne, en efecto, es la categoría de los hombres de sotana que ocuparon y ocupan sendos sitiales en la Academia, desde los famosos Obispos don Ignacio Montes de Oca y Obregón y don Joaquín Arcadio Pagaza hasta el afable y sapientísimo doctor Gabriel Méndez Plancarte, cuya amistad tuve el privilegio de disfrutar, y su hermano el erudito don Alfonso, y por fin, venturosamente presentes en el día y en las letras nacionales, los no menos esclarecidos don Ángel María Garibay K., a la autoridad de cuyas luces indianas tantas veces hemos acudido en solicitud de auxilio, y don Octaviano Valdés, hondo poeta, hondo de verdad y no de simple propaganda, que eso no reza con él. ¿Y qué tiene de raro que

el eclesiástico haya figurado tan prominentemente en la vida de la Academia si el primero que echó su resplandor en México lo fue un cura intelectual, el humanista don Miguel Hidalgo, iniciador de nuestra Independencia?

Afirman los que le oyeron que el doctor Martínez fue un predicador y un orador elocuentísimo. El encanto de su conversación, agregan quienes le trataron de cerca, era fascinante, y tanto que no lo sobrepujaron en tan galana facultad ni los mismísimos don Federico Gamboa y don Victoriano Salado Álvarez, de quienes se han escrito tantos y tan merecidos elogios como conversadores. Por la huella que dejó su paso en la Academia y fuera de la Academia colijo su inusitada estirpe de valores. Yo no tuve la fortuna de tratarle y apenas si me enteré superficialmente, en su hora, de su obra escrita. Muchas de sus actividades eclesiásticas, en cambio, hicieron un ruido que, por la probada nobleza de su intención, trascendió la pura esfera confesional y nos impuso a todos de sus alcances. Dicho objetivamente y sin otro propósito que el de dar a mis palabras el justo valor que corresponde al sentido de esta sucesión para mí tan comprometedora, yo no pertenecí a su grey, lo cual, entiendo, confiere a mi opinión una más entrañable sinceridad. ¿No dijimos, por boca del ecuánime Quijano, que la Academia es y ha sido históricamente "una vinculación, tal vez única en nuestro país, en la que tratáronse amistosa y cordialmente, hombres de distinto pensar y diverso sentir"? Bueno, ahora me toca a mí confirmarlo, y nada menos que con ocasión de reemplazar a quien apenas escribió contadas páginas que no derivasen de su condición de indiscutible primate de la Iglesia católica. Protesto, de entrada, el gusto con que evoco figura tan singular en la que concurrieron prendas eminentes de literatura y patriotismo. Me he leído, por fin, una buena parte de su obra escrita, podría decir que casi toda su obra escrita, y puedo, por consecuencia, celebrar sus excelencias tanto como su fogoso y para mí determinante sentimiento mexicano.

El doctor Martínez escribió muchos libros específicamente religiosos, uno sobre un viaje a Europa y Tierra Santa, innumerables cartas pastorales y unos cuantos y por cierto admirables poemas —a ciencia cierta no sé cuantos, porque aun andan sueltos en periódicos y revistas— de una tan sensibilísima vena como que recuerdan a sus críticos, invariablemente, los de San Juan de la Cruz. A otro, un su exégeta enterado, le traen el eco de Lope " por la técnica del metro" y el de Fray Miguel de Guevara "por el excepcional dominio de la forma y la ductilidad sencilla del vocablo". Seguramente así sea y el oro macizo de su verso deba a aquellos próceres algo más que simple reminiscencia; pero, en todo caso, la ley es suya por la indiscutible propiedad de su experiencia y su peculiaridad. Y no me importa más para reconocer en él un delicadísimo poeta, y tanto que si yo me viese en el nada agradable compromiso de hacer una antología de la lírica mexicana, no sólo no lo olvidaría, sino que lo pondría sin vacilación al lado de los númenes más logrados. Él, que sabía tanto de este mundo —y del otro, a cuyas obligaciones consagró por entero la vida— no pensó nunca, seguramente, en que su verso podría poner en aprietos a los antologistas y ni siquiera si los antologistas se ocuparían alguna vez de discernirlo; y sin embargo, quien sabe qué lugar tendrá un día, no sé cuándo (lo inmediato o mediato del cuándo cuenta tan poco, nada, en el destino de las cosas hermosas), un día en que fatalmente se derrumbarán tantos fuegos de artificio que la publicidad cotiza a gritos en la bolsa de valores de nuestra época y tanta torturada disnea del idioma que el claridoso Unamuno reputó "fríos retritos ultraístas". A sabiendas de que los versos sencillos —como también a sabiendas llamó a los suyos otro eminente poeta que además de poeta ejerció otros importantísimos ministerios americanos— carecen actualmente de tarjeta de circulación y precisa comprobar, para pasar la aduana, que se oficia en algún altar del túnel de alaridos del subconsciente, me quedo, por elementales razones de salud, con el verso clásico de Luis María Mar-

tínez. Como me quedo con su prosa sin complicaciones, su llana prosa fragante de tierra de Michoacán.

Un tan sensible artista debió, forzosamente, interpretar el sentido de los superiores intereses de su patria y, en hora de tormenta, sumar sus fuerzas a la necesidad de la unidad mexicana. No de otro modo me explico su política que tendió siempre a disolver diferencias de familia en beneficio de la República. Su voz de poeta, de bardo, exclamó, con acento que valdrá históricamente por una definición, que la Iglesia se debe al problema de la felicidad de la gloria, como al de la felicidad en este mundo la política. Repito, para confirmación de una verdad visceral de México, sus palabras: "La actitud firme y sincera de la Iglesia en México es abstenerse de toda política nacional o internacional, y de consagrarse enteramente a su misión espiritual, que está por encima de todo partido." Verdad de oro que, ejercida como él la ejerció, redunda en venturosa armonía nacional y que cuando es subvertida produce quebranto e infortunio. La Iglesia, diría nuestro ilustre antecesor don Sebastián Lerdo de Tejada, es una forma de convivencia espiritual que no prohibe, sino antes por el contrario robustece el sentimiento de los deberes de la República. En fin y para decirlo de una vez, el doctor Martínez, por la felicísima coincidencia de su estro mexicano y su función eclesiástica, llevó a noble realidad una idea fundada en el respeto recíproco del compromiso metafísico de su menester y la responsabilidad seglar de los regímenes que le fueron contemporáneos y procuraron lo que también para él era ardiente preocupación: la elevación de los niveles de vida de su pueblo.

Honro en su memoria la inteligencia, viva y palpitante inteligencia del sentimiento mexicano, que hizo posible, cuando se cernían amenazas procelosas, la integración de esto que somos como idiosincracia local, como destino colectivo y como marca en el mundo, y que por sobre la cerrada noche de la intolerancia alumbró con diáfana luz el camino de la patria a través de Miguel Hidalgo, Servando Teresa de Mier, Miguel Ramos Ariz-

pe, José María Luis Mora, Agustín Rivera. Y la Academia siga siendo valladar infranqueable a las furias de la sinrazón y confúndanse en su seno los destellos —nunca las sombras— de quienes unan, aprieten, consoliden la naturaleza mexicana, por vía de patria y de lengua, que es profunda y germinal raíz de patria.

He escogido por motivo de esta plática un tema específicamente literario que, aparte el puro interés que tiene para el todo mundo informado, por más de una razón y en última instancia, comprende puntos de vista a tal extremo ilimitados como que derivan del sentimiento de la vida misma. La sola palabra "literatura" ha venido sufriendo un deterioro, un quebranto tan sensibles, que no parece sino que implica algo lesivo para la integridad y aun para la dignidad de quienes la cultivan. El otro día me salió un mi amigo con que una novela de una celebrada autora italiana que hizo, por cierto, delicias comunes de nuestra mocedad —y sigue haciendo las particulares mías—, era "pura literatura", y como yo me sorprendiera de definición tan peregrina como intencionalmente peyorativa, agregó que en efecto "no tenía mensaje ni técnica". Algo así como si me dijese que un guiso cualquiera era "pura culinaria" porque en su confección no entró el chile poblano ni el azafrán, una receta pura farmacopedia" por carecer de óxido salino y de veneno de cobra y la explicación de los órganos de una planta "pura botánica" por ignorar la tercera dimensión.

¿No será, me pregunto intrigado y sin la menor malicia, que la literatura padece, como toda expresión viva, los efectos de la fragmentación propia de la época? Desde que la especialidad lo domina todo, así en el arte como en la ciencia y hasta en las más banales aplicaciones prácticas de eso que llaman ahora estentóreamente la técnica, los temas grandes y, por consecuencia los términos grandes son objeto de un tan abrumador menosprecio como que frecuentemente se les identifica punto menos que como algo monstruoso y ridículo. Priva lo pequeñito, la parte insuflada por obra de la especialidad a proporciones de totalidad. ¿Se acuerdan ustedes de aquel pobre Jorge Tesman de un drama de Ibsen, que lleva años, quien sabe cuantos años, compilando, depurando y clasificando las fichas de algo que un día hará un libro sobre la industria doméstica del Brabante en la Edad Media, indiferente a todo, mien-

tras a su lado se revuelve el ansia sexual y la desesperación de su hermosa mujer, "la arrebatadora" Hedda Gabler, que acaba por matarse de un balazo, simbólico balazo? ¡Grotesco engendro de la atomización del saber de nuestro tiempo, que por atomización se convierte en barbarie!

Séame permitido traer a colación unas frases de Benedetto Croce al respecto, las iniciales de un largo ensayo en el que cala con su característica pericia la peculiaridad de la querella literaria: "En la conciencia estética actual —dice el famoso crítico y filósofo— ha venido incidiendo cada vez más hondo la distinción entre "poesía" y "literatura", que fue ya muy experimentada en la edad romántica, pero poco y sólo en algunas de sus notas particulares, en las edades precedentes, comprendida la antigüedad grecorromana. La diferencia adopta ahora, habitualmente, forma de contraste, no sin una pizca de desprecio hacia la "literatura", que es raro encuentre defensores, y más que en otros, entre aquellos que no temen o sienten una cierta complacencia en darse aires de retrógrados o de reaccionarios. Y aunque este contraste y desprecio carezcan de justificación lógica; aun cuando los motivos que incitan a la distinción misma no sean siempre del todo sanos y por esto no siempre entendida según la verdad, en sustancia la diferencia persiste, y la más vigorosa afirmación que hoy se hace de ella, se muestra como necesaria para bien juzgar y eficaz a los efectos de desatar nudos y de disipar confusiones que, de otro modo, continuarían atormentándonos."

En resumen: literatura es confesión a la que muy pocos admiten pertenecer hoy, así escriban en prosa o, sobre todo, en verso. Los prosistas prefieren que se les llame escritores, o novelistas, o ensayistas o lo que sea, pero no literatos. Cuanto a los poetas, han abierto un tan infranqueable abismo entre su índole lírica y todas las demás formas literarias, que el simple temor de tener que ver algo con la literatura suele sacar a los más de quicio y ponerlos frenéticos. Pues ¿qué es literatura

entonces si el puro vocablo provoca tan escandalizada sublevación de quienes de un modo u otro escriben, es decir, hacen letras, literatura, para que los lean sus congéneres? ¿Qué razones hay o siquiera si tiene algo que ver la razón para que nunca como ahora se haya visto la materia literaria tan humillada y por humillada nunca como ahora se busquen tantos y tan complicados subterfugios para evadirla? ¿Se trata o ha llegado a ser, por abuso o inanidad de sus medios o de sus fines, o por abdicación de sus signos espirituales y sociales, una horrenda simonía, una ominosa transgresión del arte comunicativo que incuestionablemente y a través de tantos milenios ha hecho la poesía y la prosa? En el siglo pasado, el tantas veces encarnecido siglo diecinueve al que ahora está de moda colgarle todos los sambenitos, escribir era hacer literatura, y a nadie que aderezase una obra en renglones cortos, en cerrados párrafos o en parlamentos teatrales —y unos y otros forman constelación luminosísima— le molestaba ni mucho menos que se les llamase literato. ¿Y acaso literatura no es, a secas, monda y lironda de interpretaciones y casuísticas de recuelo y allende toda especulación, el arte o artilugio de las letras? De las letras del linaje, modalidad, circunstancia, intención y alcances que se quiera: así, por acumulación. De las armas y las letras habló sin ambages don Quijote en memorable discurso —y no remolió con metafisiquerías sus sendas y auténticas naturalezas ni hizo distinción de magia e iluminismo y de chaparrez conceptual entre sus formas poéticas y prosaicas, la suma de éstas, culminante, alcanzada por él mismo.

Eso de que el hombre dijo la primera voz de su estupor en verso o en prosa más parece preocupación bizantina que indagación seria, imposible, por otra parte, de verificar. La Biblia, nuestro más antiguo y fundamental hontanar, fue escrita lo mismo en verso que en prosa. Carece de jugo frangollar en materia que, si bien se ve, poco o nada tiene que ver con la hermenéutica y sí en cambio con la sana, la indispensable filología. El an-

tagonismo que se ha inventado hoy en día entre poesía y prosa nada contará, al fin y al cabo, en el corte de caja que hace cada generación creadora, porque no destruirá la orgánica unidad literaria. Una y otra son imagen y representación de una misma plural y dramática peripecia: la del hombre y su destino. Y por lo demás la prosa seguirá confundiéndose con la poesía cuando sea menester, cuando el novelista o el ensayista acudan a ella y la inserten en su creación, tal como anda, y bizarramente y respirando a plenas agallas, en tantos territorios de Dickens y Tolstoy y Galdós, y la poesía con la prosa como en el caso de Whitman. Que haya venido la querella de donde haya venido y la hayan promovido —y la promueven— quienes sean, no quita el sueño a nadie que tenga algo que decir en las letras, en la literatura. Croce habló de los románticos y admitió que sus teorías carecen "de justificación lógica". Afirmó, además, que se trata de propósitos no siempre sanos. "Entre los pucheros anda el Señor", dijo una prosista admirable, gala y gloria del idioma, y yo agrego que también anda en los túneles de alaridos —y todo ello es vida palpitando en las arterias de la literatura.

En plan de simple conversación, no de inútil polémica, admito, no me cuesta trabajo admitir que la poesía lírica es un mundo irreductible, por lo mismo que prescinde de todo elemento racional y satisface en su propia temperatura, en su propia autarquía, sus fines, tal como lo proclaman sus hierofantes. Debe serlo cuando obedece no a una explicación ni a un mero concepto ontológico, sino al puro sobresalto de lo irracional. Que bebe de la magia —y en franco plan de magia se mueve, parece obvio advertir— está fuera, por supuesto, de discusión y no creo que nadie tenga interés en negarlo. Se basta a sí misma, por el contrario de la prosa, que tiene que echar mano de todo lo que sea necesario para expresar una representación; es conjuro, *mantram* según los ocultistas. Y eso es, a fin de todo y para decirlo herméticamente y al gusto de sus cofradías: ocultismo, arte ignota. Nadie siente más hondamente la pleamar de esas fuerzas

sobrenaturales en cuya cresta el idioma, castigadísimo, logra inusitadas y extrañas alturas, que yo; pero insisto en que, quiéranlo o no los fulanos y fulanotes de sus logias, todo ello —la sombra espectral del hombre, su frecuencia vegetal y mineral, la levitación del idioma, el grito de los légamos y las lavándulas, las obras del subconsciente— no es sino literatura, y literatura romántica, para acabar de una vez. Que la prosa nace de la poesía, a la cual deforma, desvirtúa y subvierte, daría motivo de explicación de un largo libro que no estoy dispuesto a escribir. Tengo para mí que así como la poesía vuela en alas del misterio y busca en su aventura las circunstancias más abscónditas del subconsciente, la prosa, nuestra sufrida y vulgar prosa demanda, de entrada, una ancha respiración. Pero ¿es una herejía —y si lo es me declaro reo de lesa herejía— tratar de llegar a la conclusión de que verso y prosa, así sean tan inmensurables sus diferencias, nacen de la misma necesidad tribal, social, de la comunicación? Martí, que sabía tanto de verso y prosa, escribió que "el verso nace; la prosa viene con los años". Contemporáneos de Galdós, de Dostoyewsky y de Tolstoy fueron Mallarmé y Moreas, y ¿acaso unos y otros, hijos del mismo mal del siglo y de sus mismas ilusiones y fantasías, no dijeron en prosa y verso el mismo, sustancialmente, originalmente el mismo testimonio de la peculiaridad de su tiempo? ¿Y todo ello no es, a fin de cuentas y cuentos literatura? Pues ¿qué se creen los de las torres de marfil de ahora que es literatura? Yo sé lo que se creen: la razón en el idioma y en la idea, la impureza —vital y magnífica impureza— de materiales que lo mismo echa mano del mito que de la historia y la sociología, la desnaturalización del ser íntimo e irracional, dicen. Yo iría más allá y les recordaría que las raíces de su romanticismo crecieron en prosa, desde Quevedo hasta Proust y Joyce y Unamuno y Mann y Faulkner, en cuyas angustias, profundas angustias de hombre y destino latió, en anchas parrafadas de prosa, el viento onírico de la lírica de hoy.

Ahí está el verso y ahí está la prosa, revolviéndose en sus sendos y comunes torcedores —y ambos hacen, quiéranlo o no, la literatura de nuestros días. No tengo, repito, el menor interés en contraponerlos. Cada uno responde a su revelación, a su misterio original. La circunstancia contemporánea se expresa en uno y otra con una elocuencia dramáticamente sintomática. Y todo ello es, compone lo que hemos convenido en llamar literatura, así la nieguen y deturpen quienes la cultivan, y no le son ajenos, ni mucho menos, las más informes distorsiones y los gritos del deliquio en que se expresa una porción del destino del hombre moderno.

Pero, ¿a qué conduce, supuesto que a algo y por obra de propósitos expresos ha de conducir, esa verbosa, feérica bullanga que elude y niega su condición literaria y se revuelve estentóreamente contra todo lo que no se pliega a sus ardides y que abruma con los peores epítetos? ¿Se trata, llana y deportivamente, de significar la superioridad de una manera escrita que nació de lo sobrenatural y de la magia y vuelve hoy triunfalmente a la magia y a lo sobrenatural (así, a toda orquesta y ni más ni menos lo proclaman sus oficiantes), respecto a la corriente facultad de percibir y expresar las cosas, facultad que suponíamos que obedecía a la realidad desde que el hombre se manifiesta por palabras? ¿Tan equivocados andábamos que ni siquiera nos pasó por la sesera que el arte o la literatura que se ocupan de las cosas vivas, que refieren esto o aquello que ocurre a nuestro alrededor, lo que la realidad nos ofrece como tema de una novela o un cuadro, fuesen tan inferiores y tan sin valor como la misma realidad que los engendra?

La invectiva contra el realismo alcanza hoy en día, en efecto, acentos tan tremebundos, que más parece que se tratase de una atroz y punible infracción contra natura. Nada, que describir un instante cualquiera de la realidad que nos circunda y de la cual formamos parte inmanente, esta nuestra orgánica e intrínseca realidad de seres vivientes, constituye nada menos que soberana impostura, y expresarla, por consiguiente, fraude escandaloso. Las cosas, para serlo, deben no serlo. La realidad, lo real y sus manifestaciones conceptuales son injuria —y grave e intensa injuria— a la valencia absoluta. De la vida, cuenta, ¡y apenas porque el milagro hermético la roza!, la sombra, la vaga sombra del fenómeno, y tanto mejor si el extravío, el sagrado extravío de los de la poesía oculta la consuma en logogrifo, en conjetura de conjetura. ¡Y vaya jadeos y vaya espasmos los de esa no por minúscula menos belicosa cofradía que han hecho tarabilla del vituperio del realismo! Y

vaya repertorio de que revisten revelación tan asombrosa y en el que se confunden los mareos de lo divino y lo maldito, la insaculación de lo más espectacular del budismo y el brahamanismo, la fruición de lo chino, la furia trágica del teatro griego, el humor de Chaucer y el romanticismo de Ossian, el individualismo angustiado de Kierkegaard y Heidegger, las vagorosidades de Mallarmé, las teorías de Freud y secuaces y de Einstein y Pavlov, la misteriosa dinámica de los carismas del surrealismo y derivados, la arcaica utilería de la torre de marfil retocada y *sanforizada*, la condenación de todo lo que implique simple sospecha de compromiso social, etc., etc. Si casi, casi se oyen los bronces de las exequias del realismo y su madre vitanda, la realidad.

La realidad, la mesura o desmesura de los hechos, el estremecimiento de las criaturas y lo que yace en aparente inmovilidad, la perpetua actividad ambiente, todo lo vivo y viviente de la Creación, lo que puebla nuestro contorno y nos entra, neto, por el sensorio y por consecuencia no es susceptible de discusión, aunque secundariamente la percepción intelectual de cada uno lo peculiarice y hasta descomponga en toda la complejidad de la conciencia y la subconciencia. *El niño de Vallecas* responde a la realidad más elemental, la que vio Velázquez con sus ojos de carne y la que pudo haber visto cualquier hijo de vecino que coincidiese con él en día y hora; y ese sencillísimo ver la realidad hace el genio, el incomparable genio del más grande pintor español. Y que hay algo ahí tras la pura visión, algo que emana de la luz, de las formas, de la intención humana, algo milagroso y mágico que concierne a lo inexplicable, dígalo si no el impacto que seguimos sufriendo, generación tras generación, frente a ese portento del realismo. Como seguimos perdiéndonos en la transparencia y la inmensidad de los cielos mexicanos que pintó Velasco, el viril, el rotundo realista cuyas telas reputó vil fotografía la desmayada delicuescencia de la época.

"Me importa la vida, no un resultado de la vida", proclamó Goethe con el énfasis de un programa, aludiendo

precisamente al desprendimiento directo de la esencia vital que es característica orgánica de todo realismo, así en arte como en literatura. Antes que la primera reflexión, es verdad, el golpe de la vida tal como arroja su descarga en el sensorio; la reacción mental, la reflexión, viene como consecuencia y determina, en su caso, la creación estética, y no al revés, pensó, con el viejo sabio de Weimar, y si no lo pensó lo intuyó y lo practicó, el realista de todos los tiempos, desde San Lucas y Jenofonte hasta Bernal Díaz del Castillo y Galdós. "Yo no reflexiono; dejo que las cosas me golpeen los ojos", parece comprobar, al canto, el pequeño y penetrante Jules Renard. ¿Está dicho con ello que la realidad de las cosas no reconoce otro acceso? Ni con mucho. En otros penetra por el mero intelecto y eso hace, por cierto, moneda de curso muy acreditado entre una secta que no concibe la literatura sino como pretexto para cocinar doctrinas y teorías, lucubración filosófica, o sociológica, o biológica o de cualquier otra enjundia tan docta como ajena al verdadero y concreto respirar del acto literario. Y en otros más no penetra por ninguna vía y antes les es intolerable pensar que pudiese penetrar en ellos: como que son nada menos los que jadean en esa suerte de inmersión en estadios abscónditos del ser, estadios sin mayor explicación que la de los lapsus que todos soñamos en lo hondo del reposo.

Me atrevo a afirmar que el realismo en su más prístina expresión —prístina, esto es, primitiva— inspiró la primera conciencia del idioma, y de todos los idiomas, y que la excepción iniciática, el conjuro y el exorcismo de que dice emanar el sentido oculto de las formas poéticas de hoy, no sólo no lo antecedió, sino que debió utilizar sus materiales originales. "Háblame en cristiano", reclama todavía hoy el hombre de la tierra, el campesino, al hinchadote que le arroja sus conceptismos a la cara. Y en cristiano y no en lengua hermética se llevan las cosas más trascendentales al pueblo, tal como lo hicieron los frailes franciscanos entre los antiguos mexicanos. Y quedan joyas de aquel realismo en que lo

divino y lo ignoto cobraron voz comunicante. Faltaría a la más simple verdad quien se atreviese a aseverar que en aquel alumbramiento del idioma en nuestra patria tuvieron algo que ver ni el hermetismo ni ninguna otra índole literaria irracional. En México, como en todas partes, la noción de lo divino se produjo por medio de llano, de corriente procedimiento realista. Hablar en cristiano es propio de toda necesidad comunicante y con su pan se lo coman los que nada real tienen que decir al prójimo.

La historia de nuestro romance no me dejará mentir y me cobijo en la indiscutida autoridad de Menéndez Pidal, que sacó a luz cientos de antiquísimos y vulgarísimos papeles en los que se confunden el latín menos ejemplar y el balbuceo autóctono, frangollándose en aquella soberbia aventura que habría de cristalizar en el castellano. Jerigonza oscura, plebeya y acumulativa en la que dieron voz las ínfimas peripecias cotidianas del fundo y la mercadería, las pintorescas reclamaciones de colindancias y servidumbres y el loor de los hechos excepcionales que más hondamente hirieron la sensibilidad popular. Cuando se fraguó la primera ruda, bronca versificación de juglaría, la prosa andaba ya corrientemente en las alquerías, las ventas y los caminos, embarneciendo como carne sana de rústico y cobrando una musculatura que acabó por barrer todos los latines. De ahí a que la sangre del idioma —el idioma es sangre en la más rigurosa significación, y jugo de vísceras, y torrente vascular— alcanzase compás rotundo en las partidas, los estatutos y las crónicas de Alfonso X, don Juan Manuel y el Canciller Ayala para, por fin, animar el poderoso latido de *La Celestina*, no había más que un paso; y otro para consumarse en plétora impar en la invención de Cervantes, logro monumental del realismo. Y el concierto de la antigua y venerada sangre se agranda, se agranda más y más conforme se desenvuelve el estro hispanoamericano, cuyas empresas soñamos si mediatas no remotas. Y la lengua común palpite siempre en ellas y dé unidad a la demasía o parvedad vernáculas.

¿Sería mucho decir que la historia del hombre occidental, del nacimiento de las lenguas actualmente activas a nuestros días, excluye todo otro modo de inteligencia que no sea el realista, y si no lo excluye porque la capacidad de todas alimenta aun la excepción, lo deja al margen de ninguna auténtica función comunicativa? Apenas si la marejada romántica creyó contradecirlo —¡y qué furioso fuego de bombarda el de aquellos encantadores energúmenos!—, y eso nada más por exagerar hasta el síncope ciertas intenciones que, como la supremacía del sentimiento respecto a la razón, no eran ajenas, ni con mucho, a ciertos reblandecimientos del realismo. ¿Y acaso todo aquello que nació de las nieblas melancólicas del Norte, que bebió ávidamente en las fiebres de Rousseau y puso al rojo blanco la aversión a la realidad, no pararía en exaltación de lo nacional —más aun, de lo típico— y en un desbordamiento apasionado de la libertad —más aun, del liberalismo? "Libertad en literatura, como en las artes, como en la industria, como en el comercio, como en la conciencia", proclamó el romántico Larra en una parrafada digna de Juan Bautista Say. Pero hay más todavía: la diosa Razón de la Comuna revolucionaria significó algo —mucho, en puridad, y no accidentalmente, por cierto— en las altas temperaturas del romanticismo, pese a sus deliquios, morbideces e hinchazones. Si no el movimiento en sí ni el estado de alma que lo produjo, la operancia romántica atañe, al fin y al cabo, al gran complejo realista, en no menor grado que las doctrinas ulteriores que también y a su modo lo deformarían al reducir al hombre a marioneta condicionada por la simple fisiología.

De otro angustioso estado de alma dimana, asimismo, la crisis intelectual, antirrealista, de nuestro tiempo. Cualquiera que sea su origen remoto, estalló por obra del desquiciamiento de la primera Guerra Mundial e inmediatamente achuchó las más enloquecidas furias contra el realismo. Por pronta providencia, los terroristas del lenguaje lo identificaron como la expresión de un

ser literario fraudulento y condenable, imputándole a trompatalega las peores insanias derivadas de algún modo de las fallas del humanismo y el liberalismo, del Renacimiento al siglo diecinueve, insanias y fallas que Nordau y Freud, entre otros, habían denunciado previamente con un sensacionalismo que a la fecha carece de atracción. De tan aparatosa materia fúsil salieron aquellos desaforados triquitraques que en su hora asustaron tanto al pobre, apabullado pequeño burgués, y andando los años, unos cuantos años, devendrían fascismo en la política y rompecabezas conceptual (o las dos cosas a la vez); aquellos bromazos que clamaron: "¡Guerra, sola higiene del mundo!" y prescribieron a todo tupé: "Tómese un periódico. Tómese unas tijeras. Elíjase el artículo. Recórtese después cuidadosamente cada una de las palabras que lo componen y échense en un saco. Agítese éste con suavidad. Colóquese luego cada recorte en el orden en que haya salido del saco y cópiese concienzudamente. El poema se os aparecerá y tendréis un escritor altamente genial y de una sensibilidad encantadora, aun no apreciada por el vulgo...", etc., etc. Y a ver quien da más, como grita el de la puja del pueblo, y así andan puja que te puja con la más asombrosa combinación de recortes y de paso secretando —de secreción, no de secreto— unos elaboradísimos humores capaces de reducir a la nada la más universal realidad y su manifestación literaria.

El vituperio del realismo alcanza sin ambages —como que constituye el bulbo mismo de la cuestión— a su preocupación humana y social. Nada menos, me atrevo a argüir, que la actividad orgánica, la función intransferible, la razón de ser de toda viva y viviente literatura. Pero, me digo (y téngaseme por mero prurito de limitación sensorial, si se quiere, este argüir y redargüir lo que bien visto no sea acaso más que un inocuo reactivo intelectual), la vida, la de mis congéneres desconocidos y la de quienes me rodean y la mía propia; la vida que no admite chapuza ni truco, sigue por su cauce eterno, y de su oxígeno tanto como de su

fuerza cósmica vivimos. Y el hombre, el hombre que es y compone la vida, pese a lo temporal de su accidente terrestre, y su circunstancia local y universal, y la coerción de su medio físico, y la servidumbre de su idiosincracia, y su compromiso social, y la conciencia de su torcedor moral, y su fatigosa actividad, y su soledad y su solidaridad —todo eso que hace la singularidad de nuestro destino, ¿puede expresarse literariamente, acaso, sin el aval de la vida misma y de su realidad, esta nuestra realidad de sangre y carne sin la cual hasta lo sobrenatural carece de causa explicable?

Con gusto dejaría para nunca lo demás que en descarga del asendereado realismo podría agregar y que, viéndolo bien, no cuenta más que la enfermedad en que cayó el portugués de la donosa cena de Baltasar de Alcázar; pero me sale por ahí cierto malicioso equívoco al que no cabe responder con un simple encogerse de hombros. Me refiero a la intención que le dan los de la literatura abstracta a la palabra "compromiso" y que se ha dado en emplear hoy en día a porrillo y venga o no venga al caso. Suele tildarse de "compromiso", en efecto, a escribir (o en su caso a pintar o valerse de cualquier otro procedimiento artístico) con fines de propaganda de una idea política, y "comprometido" a quien desnaturaliza el acto estético por tan espurio modo. De ahí que el poeta o el escritor "comprometido" sea el que sirve intereses de partido y hace de su facultad grosera proclama, como ocurre con tantos que se ganan una soldada como cualquier publicista de una negociación comercial, empleando para ello la literatura.

Castro Leal señala claramente tan desventurada mistificación en su examen de la poesía mexicana moderna: "Nuestra poesía se ha enfrentado en los últimos años con un problema que no acaba de resolver: el *imperativo social*, la exigencia de que comparta y haga sentir la importancia de los nuevos valores sociales. Las soluciones más fáciles —a todas luces insuficientes— han sido la "poesía política", el poner en verso frases o principios de acción social nacionales o de otros países; la "poesía del pueblo", la celebración de la vida humilde, del trabajo, de los dolores del proletario, y la "poesía de la vida nacional", que canta costumbres autóctonas, tradiciones pintorescas, temas folklóricos que se confunden —en su oposición a las condiciones de existencia de otras clases— con la celebración de la vida humilde y también con los nuevos programas de acción social. Y aunque no hay nada en estas tres zonas que las excluya radicalmente del campo de la poesía, y aunque nuestra

lírica moderna ofrece ejemplos —no muy abundantes, por cierto— de plausibles realizaciones en cada una de ellas, nadie podrá negar que hasta ahora esta poesía de inspiración social no ha llegado a tener ni la calidad ni la importancia que le asignaban los nuevos teóricos del arte para las mayorías".

Toda esa materia relativa a "las frases y principios de acción social nacionales o de otros países", entiendo yo, corresponde a la polémica, al discurso militante, al artículo de periódico, a la transmisión radiofónica, a los recursos de la televisión, etc., etc. Ni a don Francisco Bulnes ni a Blas Urrea se les ocurrió nunca escribir sus acerbas invectivas contra Juárez y sus famosos "cargos concretos" en verso ni en novela, ni se les ocurre discutir o ensalzar o censurar esto o aquello de la peripecia política a tantos comentaristas que llenan páginas enteras de los periódicos cada veinticuatro horas y cumplen con un compromiso específico de propaganda. Apenas a unas cuantas décadas de la exaltación de lo político como exclusivo motivo literario, ¿quién puede tomar en serio aquella garrafal definición del ruso Mayakovsky que reza: "El valor de la poesía reside en su utilidad estatal"? El pistoletazo con que se mató sigue siendo la mejor demostración de la calidad del tal estatismo y de la rampante "poesía estatal". Y quien dice "poesía estatal", me imagino, podría agregar con no menos escalofriante propiedad: "poesía dictatorial" y "poesía policial". Una salvedad, nada más: tal como lo advierte Castro Leal, tamaña desnaturalización —si es que se trata de una desnaturalización— no obsta para que la garra de un auténtico creador determine las más "plausibles realizaciones".

Lo absurdo, lo inadmisible es que se pretenda hacer extensiva la deformidad del llamado "compromiso" a las manifestaciones vitales del realismo, porque ahí sí que hay distancia por medio, y enorme y hasta inabordable. El hecho de que el realismo recoja el estremecimiento social de su hora nada tiene que ver, venturosamente, con ninguna laya de compromiso polémico o de propa-

ganda. Ni Galdós ni Machado, ni entre los nuestros Delgado y Díaz Mirón, para no abundar en ejemplos, movieron nunca sus sendas intenciones por obra de compromisos de ésos. Yo diría que el "compromiso" de marras, en todo caso, rebasa las convencionales fronteras que le fijan los abstraccionistas y reclama, si hemos de entendernos y no estamos haciendo un galimatías, la puridad de su significado. Vivir es compromiso, y lo es pensar, y escribir, y nada que provenga de nuestra condición humana es ajeno a alguna activa manera de compromiso. El compromiso de las letras comienza en uno mismo y obedece a nuestros más inmediatos intereses y a los mediatos de nuestro destino. Puestos a ver las cosas y a darles su verdadero nombre de acuerdo con lo que Papini llamó "nuestro vigoroso buen sentido de realistas", es evidente que todo paso por la tierra, el más oscuro por supuesto, y su consecuencia moral e intelectual, cuentan por razón del compromiso que le da sentido, el importante, el intransferible compromiso de existir.

Cuando Alfonso Reyes afirmó que "por su propia gravitación, la literatura no puede dejar de decir algo", se refirió, me parece entender, a una índole de responsabilidad propia del compromiso de las letras, y su gentil decir es harto concluyente para los fines del realismo. Realismo, franca y directa verdad humana, la más antigua y servicial expresión del individuo y el conglomerado, su manera congénita de lenguaje y el estro por virtud del cual el hecho más intrascendente alcanza significado intemporal. Nativa, maliciosa inspiración mexicana la de aquella andanza de pícaro en la que se produjo el primer sobresalto de lo nacional y constituye soberbio lienzo de costumbres, de clases, de castas, hirviendo en horno de forja vernácula. Fiel y sanguínea inspiración de Inclán y de Payno, en la que la novedad de la tierra sacó a flote las peculiaridades de nuestra idiosincracia y la fragancia de los caminos por donde correría el ansia del mestizo, engendro tumultuoso del choque de las dos sangres primigenias. Vigilante inspi-

ración social de Delgado y López Portillo y Gamboa, decantada en un rumor de ternezas pueblerinas, "todas comunes y corrientes, llanas y vulgares, y tanto que, puedes creerlo, son como el pan de cada día"; y en la apreciación de problemas universales que fustigan lo nuestro al afirmar que "los exámenes veraces de la conciencia social dan siempre buenos resultados"; y en los largos y amorosos compases del respirar de esta nuestra ciudad capital que aun era pequeñita, tan pequeñita que los jamelgos de sus carretelas la recorrían en menos que hoy cualquier vecino se traslada de su domicilio al yugo burocrático, y en la que vibraron las bullangas del Centenario de la Independencia, bullangas en cuyo hondón germinaba ya el estallido que provocó la premonición del "anhelo de que las frentes (que) se inclinen sobre mis páginas piensen en las demás independencias de que México ha menester, y que sólo sus hijos podemos procurarle, si, según afirman los de arriba y los de abajo, gobernantes y gobernados, buenos y malos, de veras lo amamos y de veras anhelamos verlo sin peligros de fuera ni llagas dentro, realizar su vida y alcanzar los destinos de relativa ventura, alcanzados por las nacionalidades que, no obstante sus imperfecciones y manchas —fatales para todas las humanas agrupaciones—, tienen derecho a que se las considere felices y grandes". Estremecida y generosa inspiración de Frías y Azuela, furia y llamarada de pueblo que busca a ciegas su destino y tarda en comprender que la revolución —todas las revoluciones y su terrible dialéctica— "es el huracán, y el hombre que se entrega a ella no es ya el hombre, sino la miserable hoja seca arrebatada por el vendaval".

Apurar el sentido nacional del compromiso de las letras me llevaría a una manera de erudición a la que no me siento llamado ni responde a la índole de mi vocación, por más que tratándose del realismo y sus alcances humanos, tengo por honroso repetir con el anónimo poeta del *Cantar de Myo Cid* que "esto non me a por qué pesare", o, para decirlo en la versión de Alfonso Reyes,

"tal encargo en manera alguna podría serme gravoso". Encargo que por muchas razones desemboca otra vez en el tan traído y llevado compromiso, aunque, eso sí, con la clara especificación de que se trata de una suerte de encargo consustancial a la función misma de pensar y escribir.